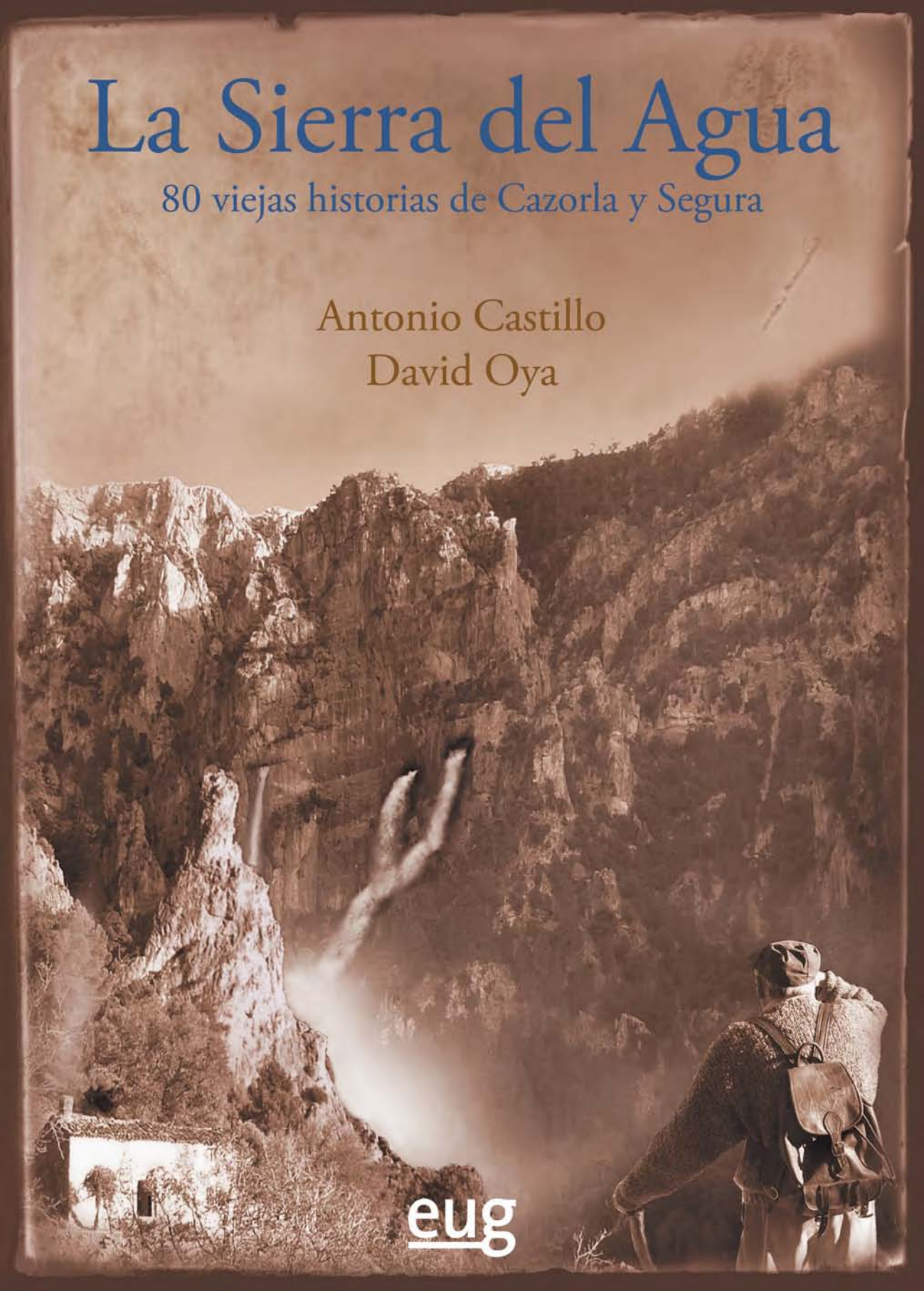


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"El agua dañina de la fuente del Bujero"

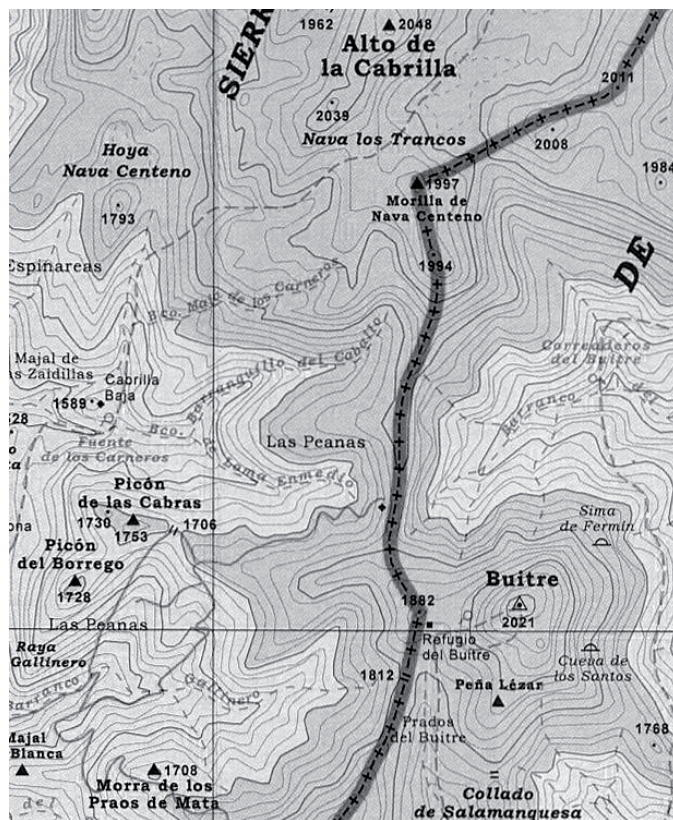
En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 73-75



14. El agua dañina de la fuente del *Bujero*

Por Antonio Castillo



Mapa del lugar donde se encuentra la fuente del *Bujero*, a caballo entre las sierras de la Cabrilla y de Castil, en el límite de las provincias de Jaén y Granada (Editorial Alpina)

POCA GENTE ha comprobado en su propio cuerpo hasta donde puede llegar la intensidad del dolor de un agua fría. Las fuentes de lo más alto de riscas y calares, hijas del deshielo, dan aguas frías como el granizo. Apenas unos grados sobre cero, que duelen en la mano en el verano, si bien, en

los gélidos días del invierno dan una confortable sensación de tibieza. Cuestión sólo de diferencia entre la temperatura del agua y la del aire en cada estación, aunque muchas personas estén convencidas de que en verano son frías y en invierno cálidas, hasta calientes porque «echan vapor».

Pues bien, esta historia viene a cuento de lo dañinas, incluso mortales en casos excepcionales, que pueden llegar a ser este tipo de aguas.

Corrían los años 40 del siglo pasado, cuando en el golfo de un día de verano se dejaron caer un par de gañanes a la fuente del *Bujero*, en el paraje de Loma Enmedio, en la finca de la Cabrilla Baja. Sin otro entretenimiento en que matar el tiempo, no se le ocurrió a uno de ellos más que echarle al otro la siguiente apuesta:

—Oye, te doy un cigarro si eres capaz de aguantar el chorro del agua en la palma de la mano, mientras yo le doy la vuelta a la tornajera.

Viendo que aquello era una tontada y que lo que quería el otro realmente era regalarle un cigarro para echarlo juntos, le dijo, «pues venga».

Se puso el primero a dar la vuelta a los tornajos, con la parsimonia que la apuesta requería, mientras el otro aguantaba el chorro gélido caer con fuerza sobre el hueco de su mano. Al principio todo fue bien, pero no tardó mucho en sentir un agudísimo dolor que le subía del brazo a las sienes. Tuvo tentación de quitar la mano, ante el quebranto, casi insoportable, que sentía, pero viendo que ya faltaba poco para acabar el recorrido apretó los dientes, ganando así el cigarro prometido. No obstante, quedó profundamente contrariado ante la punzonada de dolor que sentía, que nunca esperó pudiera producirle un simple chorro de agua de fuente, por muy fría que estuviera.

De allí se marcharon al *Covacho del Bujero*, donde tenían el hato, y después de comer se echaron la siesta. El gañán apenas pudo conciliar el sueño por el averío que se le había metido. Poco a poco veía la mano cada vez más morada e hinchada. Esperaron aquella tarde y, viendo que la maldad no remitía, se echaron a andar para el pueblo de Castril.

La apuesta acabó mal. Al final, tuvieron que cortarle el brazo y a resultas de ello el muchacho murió, porque según dijeron «le picó la gangrena».

La fuerza del agua, su extrema frialdad y el elevado contraste térmico debieron provocar la rotura de vasos sanguíneos. La hemorragia interna y el excesivo tiempo transcurrido hasta una adecuada atención médica hicieron el resto. De todas formas, fue un caso raro.

Pero no acaban ahí las tragedias atribuidas a las aguas de esta fuente. Años después, otra vez en mitad de un día de verano, de nuevo uno de los muchos pastores que andaban por aquellos calares, el Tío Ángel Canalillas, se vio obligado a darse una paliza para cortar unos borregos que habían traspuesto la cuerda, pegados al rebaño de otro pastor. Completamente exhausto y sudando por todos los poros, fue a caer a la fuente del *Bujero* y sin pararse a reposar se hinchó de agua. Casi de inmediato empezó a sentirse mal. Sabiendo que no había hecho las cosas como debía y que aquello pintaba mal, se bajó a una casa que había en las Peanas, la del Tío Ramón «el Pirri». Llegó malo, con unas tiriteras muy grandes. La mujer del Tío Ramón, viendo su rostro pálido y desencajado, le preparó sin perder tiempo una manzanilla y le echó al suelo un colchón de lana para que se tumbara. Pero el mal ya estaba hecho y no se pudo parar, falleciendo a las pocas horas.

Los serranos viejos se cuidan mucho del agua de estas fuentes del deshielo en los veranos. En su jerga, son dañinas. Para beber, esperan a serenarse y, como una antigua tradición, bien aprendida desde niños, se mojan antes manos y cara.

Las aguas de la fuente de la Garganta, en la Nava de San Pedro, son otras con merecida fama de frías. De allí se cuenta la historia que le ocurrió a un *costillero*, al que «se le saltó un ojo por la impresión al beber el agua helada». Otro caso de muerte más o menos súbita fue la de un joven pinero en la fuente del Pozo de la Nieve, allá por Siles. Y como esos se podrían contar más historias en otras fuentes de estas sierras.

